



AÑO II

← BARCELONA 12 DE NOVIEMBRE DE 1883 →

NÚM. 98

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ANGEL DE LA MAÑANA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—LA MADRE DE CARLOS V.—EL MEDIUM, por don V. Colorado.—EL CURA DE RIOTINTO, por don V. Barriantes.—CRÓNICA CIENTÍFICA: *La extensión y la impenetrabilidad*, por don E. Benot.

GRABADOS.—EL ÁNGEL DE LA MAÑANA.—EN LA IGLESIA, cuadro por D. Skutezky.—JUGANDO A LOS NAIPES, cuadro por G. Barison.—EL SUEÑO DE LA NATURALEZA, cuadro por Langeval.—Lámina suelta: LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR, cuadro por Sofia Lowe.

NUESTROS GRABADOS

EL ÁNGEL DE LA MAÑANA

No existe una sola madre que no crea en este ángel. El autor de ese cuadro no ha hecho otra cosa que dar forma a la piadosa fantasía de esas madres. Ahí está, no hay madre que no le vea, cabe la cuna del tierno hijo, inclinado sobre ese otro ángel de quien quiere ser defensor y hermano, rodeado de luz, envuelto en atmósfera purísima que por un momento convierte la humilde estancia en pedazo del cielo.

¡Oh! Y no son éstas visiones maternales... El ángel existe, Dios le envía junto al niño; pero viene un momento en que el niño rechaza al ángel, en que el niño se halla dominado por las pasiones del hombre; el ángel abandona la tierra, y al pensar en las flaquezas del mundo vierte una lágrima de dolor en el seno del Eterno.

EN LA IGLESIA, cuadro por D. Skutezky

El autor de este cuadro ha demostrado poseer el don del sentimiento, mediante el cual su producción es algo más que la vista del interior de un templo tomada por medio de la fotografía. La impresión que produce el lienzo es esencialmente mística, pero de un misticismo poético, simpático, dulce y tranquilo, como el semblante de esas madre é hija que oran al pie de los altares.

El pintor que así embellece este sencillo asunto, ha pasado sin duda muchas y muchas horas en el interior del santuario, aspirando el humo del incienso, saturándose de esa música, vaga como un coro de ángeles y de santos, que recorre desde las sublimidades de Palestrina hasta la sencilla majestad del canto llano; recogiendo y aquilatando por sí mismo las impresiones del ceremonial de la Iglesia y elevando al cielo el distraído pensamiento, que parece desvanecerse compenetrando en aquella atmósfera especial que es una atmósfera distinta de la del mundo.

Tal es el efecto que causa el interior de una iglesia católica y que nunca producirán ni la reforma con su desnudez ni el islamismo decorando sus mezquitas ni más ni menos que sus serrallos. Por ello, a la vista de este cuadro, sentimos como un impulso que nos conduce a la adoración del Señor en sus imágenes; y este es el triunfo, el mayor triunfo, para el autor del lienzo.

JUGANDO A LOS NAIPES, cuadro por G. Barison

El juego es vicio funesto y el jugador que no se ha alicionado en tantas y tan terribles experiencias como registran los anales del tapete verde, es un sér degradado, digno de confundirse con los irracionales. Quizás por esto el autor de este cuadro ha tenido la donosa ocurrencia de relegar a los jugadores a la cuadra, único sitio indicado para entregarse a tan vergonzoso entretenimiento.

La ejecución es buena: las figuras son gallardas y su actitud, perfectamente natural, acredita al pintor de correcto dibujante.

Como otros varios de los muchos artistas que han tratado este asunto, ha incurrido en la tendencia de hacer soldados a los jugadores. Sin negar que la profesión de las armas influya de una manera notable en el desprecio de los bienes terrenos, que es en algunos viciosos la excusa de su mal comportamiento; no podemos asentir a esta especie de sambenito arrojado a una clase benemérita.

La humanidad es débil, pero la humanidad se compone de algo más que de soldados.

EL SUEÑO DE LA NATURALEZA, por Langeval

Triste y melancólico es el paisaje; la atmósfera, cubierta por igual de una capa de nubes que, privando a la tierra de los rayos solares, indican la inminencia de una nevada; los árboles desnudos de follaje y extendiendo sus ramas cual los descarnados brazos de un esqueleto; la vecina laguna próxima a congelarse; el ganado pastando con dificultad la escasa y húmeda yerba que junto a sus orillas queda; las dos campesinas que acuden a refugiarse en su humilde hogar antes que las sorprenda la nevada; todo anuncia que la naturaleza ha entrado en ese período de glacial sopor del que no despertará ya hasta la llegada de los bonancibles días de abril.

El paisaje de Langeval, sencillo y sobrio en detalles, pero pintado con la inteligencia que se advierte en sus acertados toques, hace pensar con deleite en el benéfico calor de la chimenea y en el abrigado lecho.

LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR, cuadro por Sofia Lowe

El título de este cuadro es el de una comedia del gran poeta inglés Guillermo Shakespeare, de una de cuyas escenas está tomado el asunto. El inmortal autor de *Hamlet* y *Otelo* no siempre se dedicó a producir esas colosales tragedias en las cuales la sublimidad de la concepción corre unida al profundo conocimiento de las pasiones que agitan al corazón humano. En distintas ocasiones dió, por el contrario, excelentes pruebas de que su musa se pres-

taba a tratar asuntos cómicos, y en las alegres comadres de Windsor demostró hasta qué punto era flexible aquel talento que en todos los géneros era igualmente grande.

En la citada comedia personificó en Falstaff al hombre sensual, esclavo de sus groseros apetitos, puesto en ridículo a causa de sus pasiones; tipo que le sugirió en parte la reina Isabel de Inglaterra, por complacer a la cual parece que escribió esta obra. En ella, Falstaff persigue con sus galanteos a una mujer casada con un hombre extremadamente celoso: la honesta muchacha quiere escarmentar a su perseguidor, el cual, á fin de evitar la cólera del vengativo marido, en una situación comprometida, preparada por aquella, no tiene más medio que escapar metido en su serón de ropa sucia. Esta singular aventura del gordo Falstaff ha inspirado a una admiradora del gran dramático inglés, el bonito cuadro que hoy reproducimos.

LA MADRE DE CARLOS V (1)

APÉNDICE A LA OBRA *Historia de Felipe II* por H. FORNERON

No sin disgusto se desgarró una página de historia que expone hechos conocidos y aceptados por todo el mundo, reanimados por los pintores y cantados por los poetas. La vacilación sube de punto, cuando hay que sustituir una leyenda patética con el relato de hechos verdaderamente criminales. Pero cuando aparecen de súbito las pruebas después de trescientos años, no es cosa de cerrar los ojos. Hay una emoción más profunda y mucho más instructiva que en la leyenda en los detalles de la lucha verdadera entre una madre cuya abnegación nunca se cansa y un hijo á quien ha depravado el hábito del poder. Así lo han creído los sabios del *Record Office* al publicar los documentos que revelan la suerte de la madre de Carlos V (2).

I

Hasta nuestra época, admitían los historiadores como hecho rigurosamente demostrado que la heredera de los reinos de Fernando de Aragón é Isabel de Castilla se había vuelto loca de pesar á la muerte de su marido Felipe el Hermoso. Este recuerdo corrió siempre unido á su nombre y no se la conocía sino por *Juana la Loca*. Ante esta incapacidad el poder vino á caer en manos de su hijo. Los episodios de este drama íntimo los relata en estos términos un historiador de Carlos V (3): «Siempre á la cabecera de la cama durante todo el curso de la enfermedad de su esposo, ni los ruegos ni las instancias pudieron arrancarla de allí un momento, con estar en el sexto mes de su embarazo. Sin embargo, cuando su esposo espiró, no derramó una lágrima, no lanzó siquiera un suspiro: su dolor era mudo y tranquilo; pero continuó al lado del cuerpo de Felipe con la misma solicitud y ternura que si hubiera estado lleno de vida. Después que con su venia lo hubieron enterrado, hizo que lo sacaran del sepulcro y se lo llevaran á su propia habitación, donde vestido con su más precioso traje, lo puso en una cama de respeto. Y como hubiera oído contar á un fraile la historia de un rey que resucitó á los catorce años pasados de su muerte, volvía los ojos al cuerpo inanimado y de hito en hito lo miraba con la esperanza de que volviera á la vida. Para colmo de demencia estaba celosa de su marido muerto y no permitía que sus damas se acercaran á la cama de respeto.»

La poca verosimilitud de estas invenciones pintorescas no fué bastante para impedir que se acogieran sin discusión; y precisamente bajo esta forma deseaba Carlos V que se conocieran los hechos: no dictó él los términos; dejó sólo que se desarrollara la leyenda. Fué indicada con vacilación por el cronista Sandoval, referida en cartas particulares por Pedro Martyr, y acogida y desenvuelta mucho más tarde por el jesuita Mariana (4). La correspondencia de Carlos V y todas las piezas relativas á la reclusión de Juana la Loca se hallaban en la torre de Simancas, encerradas en un cofre, bien conocido, que nadie se atrevía á abrir: la autoridad que había impuesto el suplicio y exigido el secreto parecía tan formidable, aun después de tales y tantas revoluciones, que todos temblaban y se guardaban muy mucho de llevar la mano á aquel cofre cerrado.

(1) Este artículo forma sencillamente un capítulo del apéndice á la obra *Historia de Felipe II* por H. Forneron, que vamos á publicar desde 1.º de año próximo en nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL. Su autor ha desplegado en ella un lujo de erudición incontestable y tanto más de apreciar en cuanto ha empleado tanto talento y tantas vigilias en ilustrar un período histórico que interesa principalmente á España. Mr. Forneron ha hecho luz, muchísima luz, en su obra, y los hechos en ella revelados son tan graves y tan nuevos para la generalidad, que más de una duda cabría respecto de su exactitud, si no hubiera puesto singular empeño en designar las purísimas fuentes de su relato.

Cuando su aparición, dió lugar esta obra á interesantes polémicas entre historiadores de primera nota; polémicas que es muy posible se reproduzcan en España tan pronto como sus literatos y eruditos se enteren de esta *Historia de Felipe II*, á nuestro modo de ver la más completa y fundamentada de cuantas hasta el presente han visto la luz pública. Prueba es de ello el artículo ó capítulo que insertamos y que, á no dudar, será leído con vivísimo interés. Al terminar la lectura, nuestros suscritores se trasladarán sin duda mentalmente desde Tordesillas á Yuste y comprenderán que los tormentos del padre apenas redimieran las faltas del hijo.

Autorizados por Mr. Forneron para editar exclusivamente su obra en España, aprovechamos esta ocasión para rendir al ilustre historiador la expresión de nuestra gratitud y anticipar á nuestros favorecedores la buena nueva de esta publicación.

(2) Calendars of letters and state papers relating to the negotiations between England and Spain, preserved in the archives of Simancas and elsewhere, edited by G. A. Bergenroth. Supplement to vol. I and II. Longman, 1868.

(3) Robertson, lib. I, pág. 301, version Suard.

(4) Lib. XXIX, cap. III y V.

do hacia siglos. Uno de los archiveros que empleaba Inglaterra en copiar en España las piezas relativas á su historia, se obstinó en conocer el cofre misterioso y pudo al fin, en 1868, examinar los tan guardados documentos.

Pocos detalles ofrecen sobre la infancia de la princesa Juana. Dan á entender que era de carácter obstinado y taciturno, sin ser por eso altanera y agria como su hermana Catalina, casada con Enrique VIII de Inglaterra; sábese, además, que prefería las costumbres religiosas de los sacerdotes franceses á las prácticas estrechas y fanáticas del clero español: es uno de los primeros cargos articulados contra ella. «Ha dado treinta florines á uno de esos bodegones de París» (5), escribe uno de aquellos religiosos españoles que bebían agua clara y se disciplinaban las espaldas sin perjuicio de que sus sentimientos fuesen tan duros y sus costumbres tan poco severas como las del clero regular. Tenía á la sazón diez y ocho años (6), y hacia uno que estaba casada con un príncipe austriaco de quien se decía que la maltrataba y que positivamente la faltaba á la fidelidad conyugal, como quiera que no se ocultaba para cortejar á sus damas de honor. De cómo estas humillaciones íntimas agriaron el carácter y excitaron los nervios de la joven princesa, uno de sus cortesanos lo refiere con una ingenuidad que permite apreciar exactamente el estado mental de Juana en aquella época (7). Bien que fuera muy hermosa y lo más gentil de su persona que pudiera verse jamás y tan cabal para querer que no tardó más de un año en tener un hijo, sin embargo á causa de la juventud del rey y de los consejeros que le rodean, la buena de la reina ha dado en tener algunos celos y nunca los ha podido dejar; y ha ido esto tan adelante que la buena de la reina no ha tenido en tres años más gusto ni sosiego que una mujer condenada ó falta de juicio. Y á decir verdad tenía á las veces razón, porque como os he dicho, su marido era hermoso, joven, fuerte, y le parecía que en esto del amor podía hacer más de lo que hacia; y por otra parte trataba con gente moza que le traían mensajes y presentes de ciertas damiselas y solían llevarlo á malos pasos. Con esto la buena de la reina estaba como mujer desesperada, encerrada siempre y tan aburrida que no quería ver ni hablar á nadie, salvo á los que necesariamente habían de servirla... Y luego que vino á su reino, no paró hasta que las damas que estaban en su compañía fueron despedidas; y hubiera querido dar á conocer públicamente sus celos y su locura y tanto hizo que se quedó sin compañía de mujer.»

Disensiones conyugales, indocilidad para con los frailes y obstinación de carácter no bastan para constituir esos síntomas de locura inminente que llaman los sabios *neurosis vesánica*. Sin embargo, el mismo padre, el rey Fernando, hubo de concebir, al parecer, el proyecto de hacerla pasar por incapacitada, á fin de conservar solo el poder en detrimento de su hija y de su yerno, cuando vió á la reina Isabel en su última enfermedad. Fernando de Aragón, que con un sistema de hábiles perfidias acabó de afianzar la dominación de España é Italia, no estaba dispuesto á ceder la corona de Castilla, y aprovechándose de la ausencia de Juana y de Felipe, que se hallaban en Flandes, hizo dictar á su esposa moribunda letras patentes bajo esta fórmula: «Por cuanto puede acaecer que la princesa esté absente, ó estando en los reynos no los quisiere ó podiere regir ó gobernar... el rey Fernando conservará el poder en Castilla (8).»

Primero y precioso paso. El padre ha notado con alegría los pesares y extravagancias de su hija, y los explota junto al lecho mortuario de la madre, buscando vagas palabras que velen su pensamiento para que el amor maternal no se subleve; y todavía hace repetir las mismas palabras en el testamento para poder invocar este doble testimonio, cuando llegue la oportunidad de despojar á su hija.

Pero Juana tiene un defensor. Su marido Felipe de Austria, que no quiere dejarse despojar por su suegro de la herencia de Isabel la Católica, denuncia á la Europa esta maquinación; escribe á Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, que Fernando de Aragón, á fin de dar buen color á la usurpación de dicho gobierno hizo publicar y correr la voz de que la reina su hija estaba loca, por lo cual debía él gobernar en su nombre. Después se presenta audazmente en Castilla declarando que el rey D. Fernando, su suegro, había usurpado sus reinos privando de ellos á la reina su esposa y á sus hijos.

Fernando se había en efecto apoderado de Castilla en cuanto murió su esposa, declarando que su hija estaba demente y que su marido la tenía encerrada, lo que según las palabras textuales de Felipe el Hermoso, eran *embustes y patrañas infinitas* (9).

Véase pues en qué circunstancias y en pro de qué intereses viene á caer esta imputación en la pobre reina. Visto está quién la acusa y quién la defiende; pero ¿tenía Felipe verdadero interés en defenderla? En vano se llama y hace llamar Felipe primero, rey de Castilla: el poder real, la fidelidad de los vasallos, los votos de los próceres son exclusivamente para Juana, á cuyo lado se sentará como una sombra; y sumiso á la nueva reina tendrá que sufrir las importunas quejas de sus celos y renunciar á sus

(5) Fray Andrés á la reina Isabel, 1.º set. 1498, pág. 50.

(6) Nació en 1479, perdió á su madre el 26 de nov. de 1504, y á su marido el 25 de set. de 1506.

(7) Relación del viaje de Felipe el Hermoso por un caballero de su séquito (sin duda el señor de Salaing). Extracto publicado *Bull. com. roy. hist. de Belg.* t. VI, 2.ª serie, 1854, pág. 30, según el MS. de Bibl. nac. Dupuy, n.º 503.

(8) Carta-patente de la Reina, 23 nov. 1504, Bergenroth, pág. 65. La reina muere tres días después.

(9) P. 73

alegres galanteos. ¿No sería mejor entenderse con el viejo suegro? Esto quiere precisamente Fernando, el cual viéndose abandonado de todos los castellanos, se presenta casi solo y con fingida humildad á la cita de Villafila, donde le espera Felipe. Es el 27 de junio de 1506. El astuto viejo arrastra á su yerno á la iglesia. «Era vigilante, cauto y sutil, y no hay historia donde se haga mención de que le engañaran nunca (1).» Desde el pórtico se les ve discutir largamente bajo la bóveda de la iglesia: el aragonés gesticula con animación; el austriaco parece que se decide á su pesar. Muy luego parecen de acuerdo, salen y firman un tratado, mejor dijéramos tres: por el primero, cede Fernando la corona de Castilla á sus *amados hijos*; por el segundo se estipula que Felipe poseerá solo este reino, si Juana se niega á tomar parte en el gobierno, en razón de sus enfermedades ó de sus pasiones que no pueden respetuosamente consignarse (2). Con esto hace el padre comprender á su yerno la ventaja de excluir á su hija; trasforma en cómplice al protector; vende su renuncia para obtener la condenación de Juana. Pero el tercer documento hace más clara aún la intriga; este mismo Fernando que acaba de demostrar á su yerno la cuenta que le trae hacer creer en la demencia de Juana, escoge esta misma ocasión para negarla, y redacta una protesta secreta ante notarios revocando cuanto se había estipulado en los otros dos documentos de Villafila (3).

Este último acto acaba de dar á comprender el pensamiento de Fernando: A los tres meses escasos de la entrevista de Villafila, muere Felipe el Hermoso, cuyas entrañas se entierran precipitadamente, y se hace desaparecer al que se alaba de haberle dado el *brebaje* (4). Fernando de Aragón vuelve á apoderarse de Castilla, y mantiene á su *muy amada hija* en la prisión en que había tres meses la había encerrado su marido.

Así, proclamar la incapacidad de Juana para conservar la corona de Castilla; ofrecer esta corona á su yerno que defiende la capacidad de su mujer; obtener á este precio que sea encerrada Juana como tal loca, por su propio marido; estar apercibido por medio de una protesta secreta á prevalerse de la capacidad para excluir á su marido, si no puede lograrse su envenenamiento; apoderarse del mando en cuanto se logre la muerte de Felipe, y proclamar en alta voz que Juana, como loca rematada, debe permanecer en su prisión: hé aquí los medios empleados por Fernando para retener la soberanía del reino de Castilla.

II

Felipe el Hermoso había muerto en Burgos; Juana estaba encerrada en Tordesillas. Su padre la mantuvo allí bajo la vigilancia y guarda de un aventurero llamado Mosen Ferrer, quien hubo de incomunicarla de tal manera que no supo la reina la muerte de su padre (5) ni el advenimiento de Carlos, su propio hijo.

Hallábase Carlos en los Países Bajos: no había visto á su madre desde su primera infancia, y había crecido en la creencia de que la reina estaba loca. Cederle el poder hubiera sido hacer la infelicidad de sus pueblos: no podía tener ningún escrúpulo ni vacilación en suceder á su padre. ¿Había de remorderse de los sufrimientos de una mujer recluida por espacio de diez años, condenada por su abuelo y hasta peligrosa si se despertaban en su nombre los rigoristas instintos de la lealtad castellana? Rara vez debieron haberle hablado de su madre, y no pensó siquiera en ella durante la embriaguez de los primeros meses de poder. Su madre era para él una molestia, no un remordimiento; estaba en la ignorancia, no en el crimen.

Pero la ignorancia no se prolongó mucho tiempo. Gobernaba en su nombre España el cardenal Jiménez de Cisneros, y llegó á saber con horror el severo prelado que el alcaide Mosen Ferrer maltrataba á la madre de su soberano, ora por ser de suyo perverso, ora por domar las rebeldías de una mujer moza, amén de reina, exacerbada con un encerramiento de diez años. Estaba, en efecto, tan desesperada la reina en aquel silencio, en aquella soledad, en aquel universal olvido y abandono que hubo de resolverse á morir de hambre, y Mosen Ferrer... confesó á Cisneros... que le había hecho dar *cuerda* (6).

De dos maneras puede apreciarse esta confesión: ó significa simplemente que se azotó á la joven reina con una cuerda, ó bien expresa la forma de tortura llamada de cuerda, que se empleaba en la cuestión jurídica y consistía en la suspensión por los brazos con peso en los pies. Sea de ello lo que quiera, horrorizado el cardenal, se dió buena prisa en participar á Carlos el ultraje.

Al saber que á su madre le habían dado cuerda, acaso sintió el hijo vergüenza; pero no manifestó más que enojo contra el bueno del cardenal que iba con tales impertinencias en medio de tan alegres regocijos. «Sabed, le es-

cribió rudamente, que á mí los que en esto quisieren meter la mano, no ternán buena intención.» Ni siquiera pensó en reemplazar á Mosen Ferrer. Pero el buen Cisneros le relevó, aunque no sin temor de reincidir en el alto desagrado por este exceso de celo, pues su amigo Diego Lopez de Ayala le escribió desde Bruselas que sólo por mera forma se hablaba allí de la reina; que era gente peligrosa y convenía tener bien cerrada la boca.

La pobre madre tuvo, sin embargo, un momento de alegría, viendo presentarse en la prisión en que estaba hacia ya doce años á su hijo Carlos el día 15 de marzo de 1518. Pero no logró despertar en aquel corazón un impulso de ternura: el hijo se limitó á instalar un nuevo carcelero, D. Bernardino de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, conde de Lerma, y á darle por instrucciones (7) que no saliera nunca, que ninguna de las mujeres que la asistían supiera lo que él le dijera, secreto absoluto para todo el mundo, y que á él solo debía dirigirse para todo lo que tuviera que escribir de ella.

Este cuidado de ocultar á las damas de servicio las conversaciones que el marqués de Denia había de tener con la reina, prueba que Carlos la había prescrito de ante mano y que sabía que los proyectos fraguados no tenían probabilidades de éxito, sino á condición de ser ignorados. Tratabase de obtener de la reina un documento que hiciera constar su demencia de una manera pública é incontestable. Para ello quiso Carlos valerse de la ignorancia en que Mosen Ferrer la había tenido y ordenó á Denia que hiciera creer á la reina que vivía aún el rey Fernando su padre y la indujera á escribirle una carta. Ya cundían narraciones sobre aquella reina que rehusaba creer la muerte de su marido y esperaba que se despertara después de muchos años; estas suposiciones hubieran recibido confirmación preciosa, si se hubiera podido producir una carta destinada á otro muerto: hé ahí el lazo tendido por el hijo á la madre. Le he dicho, escribe el marqués de Denia á Carlos, que la causa primera del viaje de Vuestra Alteza á estos reinos ha sido el deseo de su publicar al rey Fernando que le diera alguna más libertad. Pero la reclusa tuvo el instinto del peligro y con esa obstinación muda de las mujeres oprimidas, se negó á firmar la carta que la comprometía, sin desanimar por eso á sus opresores, que muy luego improvisaron otro ardid.

El emperador Maximiliano había muerto hacía algunos meses, y Carlos fué elegido para sucederle: Carlos escribió, pues, á su madre diciéndole que Maximiliano acababa de cederle desinteresadamente la corona imperial y que estaba ella, por tanto, en el deber de escribirle una carta dándole las gracias: hasta el borrador ó minuta de la carta le fué presentado á la reina por el marqués de Denia. Pero este escribía luego con despecho, contestando al emperador: «Dixe á S. A. como á V. M. habían elegido emperador, y questo avya procurado el señor emperador como buen padre y que V. M. lo hazia saber por *aquella carta*, y mostregala, y que Su Alteza la devya de ver y responder á ella y aun al señor emperador besándole las manos por la merced á V. M. avya hecho. Dixome que por cyerto olgara mucho dello, y que la carta otro día la verya.»

De esta manera se la hace vivir en un mundo imaginario; no se la habla más que de muertos y se la oculta la suerte de sus hijos vivos. La cuerda de Mosen Ferrer es acaso menos criminal que esta serie de supercherías. Este esfuerzo del dueño de Europa contra su propia madre, atontada por los sufrimientos de tan largo cautiverio, para probar, caso necesario, ó determinar la demencia de la pobre reina; este cambio de confidencias con el cómplice, estas miserables maquinaciones, revelan una bajeza de que hay pocos ejemplos tan curiosos.

El primer resultado obtenido por el marqués de Denia fué abatir el orgullo de la reina, la cual después de trece años de dura reclusión, fué á humillarse ante la marquesa de Denia. «Dyceme, escribe Denia á su amo, dyceme tantas buenas palabras para atraerme á esto que me espanta como las dice quien está como S. A. y aunque no es sin trabajo de la marquesa y mio remediar y escusar estas cosas.» Lo que pide la reina con tales y tantas súplicas no es sino aire que respirar. «Quiere salir fuera, añade el marqués; yo le he respondido todas las veces que en esto me ha hablado que el tiempo es con poca salud... Me ha dicho que yo escriba que no puede sofrir la vida que tiene, que ha tanto tiempo que la tiene aquí encerrada y como presa, que mire que es razón que sea mejor tratada.»

III

La libertad apareció de súbito después de catorce años de prisión, á fines de agosto de 1520. Los comuneros de Castilla, al mando de Juan de Padilla, se presentaron de lante de las torres de Tordesillas para libertar á la reina, cuyos derechos había usurpado Carlos V. El marqués de Denia tuvo que franquearles las puertas. Acto continuo se abrió una información sobre las causas de la prisión de la reina, produciendo resultados precisos y concordantes. «Casi todos los criados y servidores de la reina, escribe á Carlos V. el cardenal Adriano, á quien el emperador ha delegado sus poderes, mientras lo eleva al solio pontificio, dicen que S. A. ha sido agraviada y detenida por fuerza catorce años en aquel castillo, como que no estuviera en sí, habiendo estado siempre en buen seso y tan prudente como lo fué en el principio de su matrimonio.» El cardenal ha hecho que se le remitan las piezas de la

información, está consagrado á Carlos V, cuyo maestro ha sido, y en pugna con el partido que sostiene los derechos de doña Juana; necesita sobre todo estar en gracia del emperador para lograr sus aspiraciones al papado; pero á pesar de tan graves intereses tiene la buena fe de declarar sin vaguedades que la reina no está loca y de repetirlo así á Carlos en una segunda carta. «Echaré fama por todo el Reyno que la Reyna está en cumplimiento seso y bien dispuesta para mandar como lo estaba la Reina doña Isabel su madre.»

Este período de libertad dura tan sólo tres meses y me dio (8). Rodeada de rebeldes, no tiene la reina más que poner una firma para dar con su adhesión fuerza legal al movimiento liberal de Castilla, para desposeer á su hijo, reivindicar el poder y asegurar el triunfo de los comuneros. El cardenal Adriano lo reconoce así: «Que la reina, dice, firme la proclama y es el único modo de hacer perder todo el reino. Lo perdereis sin resistencia posible, si firma.»

La madre, sin embargo, se negó con abnegación conmovedora á poner la firma que había de despojar al hijo desnaturalizado; la madre deshonrada, negada, recluida y atormentada hacia tantos años, no había podido arrancar de su alma el amor á su hijo, y rehusó unirse á los enemigos de Carlos. «La Reyna, anuncia Hurtado de Mendoza á Carlos V, dixo muy buenas cosas á los que aquí estaban, quando le dixieron que V. M. se llamaba rey en perjuicio de S. A.: dixo que así se acostumbraba por autoridad del Reyno. Quando le dixieron que había hecho muchos daños en él, dixo que no la rebolbiese nadie con su hijo, que todo lo que tenía era suyo, y que él miraría por ella.» En esta crisis, Carlos V parece verdaderamente enternecido: no habla ya de la demencia de su madre, no formula agravios, está completamente entregado á su inquietud, «por el atrevimiento grande y desacato que se ha hecho á la Reyna, mi señora, en quitar de su servicio al marqués y marquesa de Denia.» Son sus palabras textuales en la carta que dirige á su maestro, el cardenal.

La abnegación de Juana, su serenidad y firmeza en medio de aquella gente armada, mantiene la legalidad y el derecho en manos de Carlos V. Los próceres de Castilla combaten á los comuneros, los vencen y entran en Tordesillas. Todos admiran la generosa actitud de la reina: el conde de Haro la declara que está en libertad; Hurtado de Mendoza escribe al emperador que tiene á la reina por enteramente cuerda.

¿Sabe Carlos V que se ha vencido la rebelión y no siente ya ninguna inquietud: ni siquiera escribe una palabra á su madre, limitándose á reponer á su lado al marqués de Denia y á su esposa, para volver á cerrar tras ellos las puertas del castillo de Tordesillas.

Sucede frecuentemente que el verdugo es quien odia á la víctima: mientras ésta se resigna abatida, el carácter de aquél se agria por efecto de su propia perversidad, se irrita ante la sumisión, ahoga en el rencor sus remordimientos. El marqués de Denia, privado, por algunos meses, de la princesa á quien tenía la obligación de atormentar, disimuló tan poco su alegría al echarla mano otra vez, que el honrado Mendoza se creyó en el deber de prevenir al emperador. «El marqués de Denia viene aquí con más pasión de la que era menester. V. M. debe mandar que se temple mucho y la marquesa: según la pasión que tiene y la mala voluntad con que le reciben, creo que no sería bueno lo que hiciesse.»

Sin embargo, acaso no sea simple ferocidad lo que inspira al de Denia los malos tratamientos de este segundo período de la reclusión. Es lícito creer que estaban prescritos en las instrucciones formales de Carlos V, pues no sólo los hace conocer escrupulosamente el Denia en su correspondencia, sino que ninguna de las cartas que los denuncia, como la de Mendoza, atrae al marqués reprensión de ninguna clase.

Uno de estos gritos, elevados á Carlos V en favor de Juana, revela en toda su realidad un dolor que interesa observar.

Cuatro meses después de la muerte de su marido, había dado á luz la princesa en su prisión una niña que había crecido encerrada con ella. La niña no había conocido otra existencia, no había salido jamás de las torres de Tordesillas. No hubiera tampoco la infeliz niña formulado quejas, si la conducta de la marquesa de Denia no hubiese hecho intolerable su situación. La pobre niña encontró al fin ocasión de hacer llegar á su hermano una ingenua carta, carta que se encontró también en el cofre de Simancas. La princesa, que tenía entonces quince años, se quejaba de la vigilancia de la marquesa que no le permite escribir á su hermano sino lo que ella la dicta; que la registra y la *saca casi los ojos* si lleva cartas encima; que la despoja de su ropa para dársela á sus hijas, sin dejarla nada en su poder. Luego continúa: «Vuestra Majestad provea por amor de Dios que si la Reyna mi señora quisiese pasearse al corredor del Río ó salir á su sala á recrear, que no lo estorven; la marquesa y sus hijas mandan á las mujeres que no la dexen salir á la sala y corredores, y la encierran en su cámara, que no tiene luz ninguna sino con velas.»

Malhadada intervención que fué causa de un nuevo tormento. Carlos V dió orden de separar á la hija de la madre. «No, exclamó Juana, no quiero dexalla, porque he miedo que el Rey me la ha de tomar, como hizo al infante, y por buena fe que si tal fuese que me echasse por una ventana abaxo ó me matase con un cochyllo.» «Los hijos,

(8) Del 24 de agosto al 5 de diciembre de 1520.

(1) *Historia de Bayardo*, por el Leal Servidor, pág. 388.

(2) Bergenroth, pág. 79. «Segund sus enfermedades y pasiones que aquí no se expresan por la onestidad.»

(3) «Por quanto á todos es notorio el grande agravio que la Serenísima Reyna doña Juana, mi muy cara y muy amada fija, e Yo recebimos en la contratación (protesta y se reserva sus derechos) para fazer lo que devo y soy obligado por derecho natural á la dicha Serenísima Reyna, mi fija, para que cobre su libertad y derechos.»

(4) «El bocado.» Proceso de Lopez de Araoz, citado por Bergenroth, pág. 37.

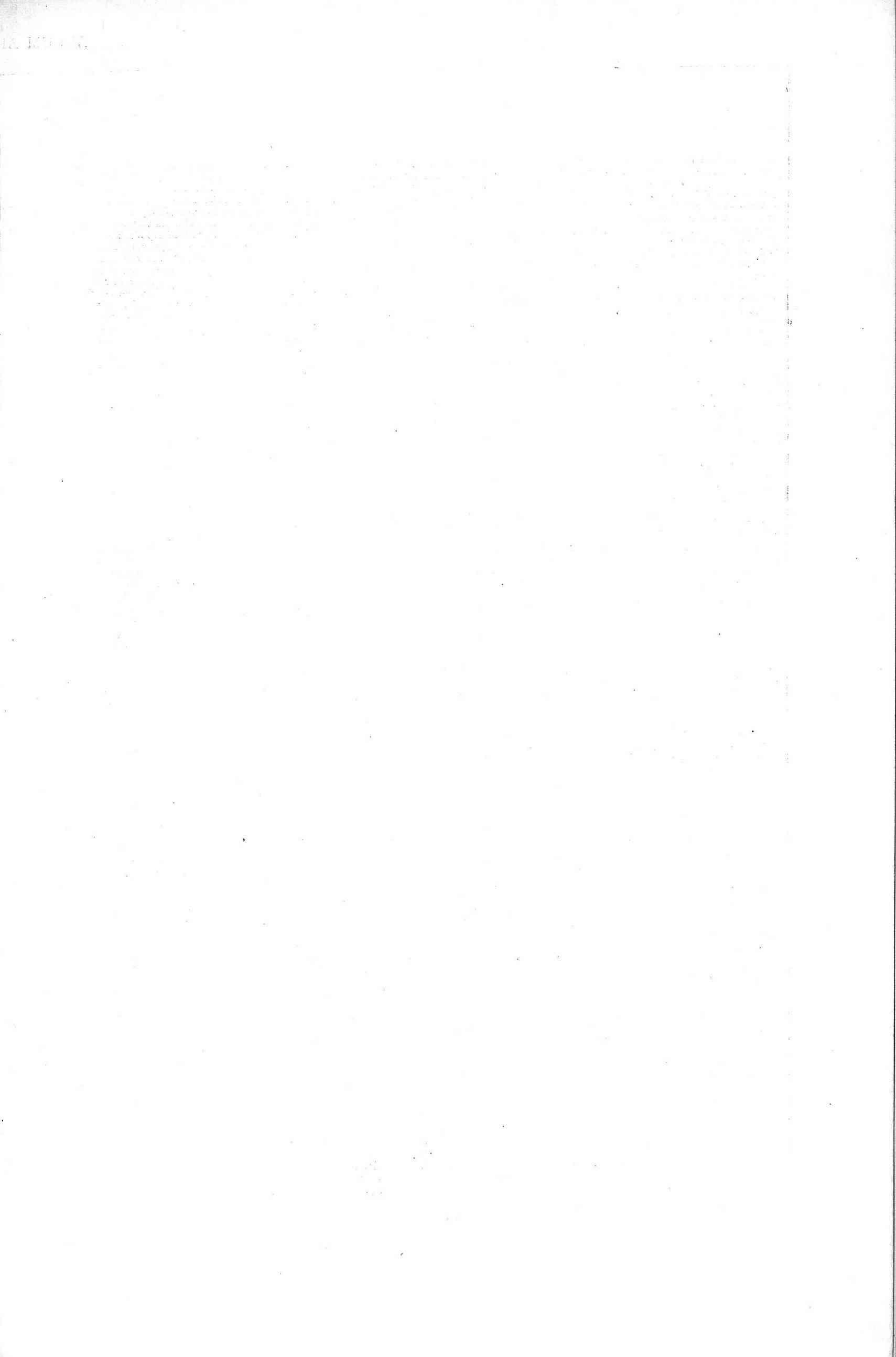
(5) Sabido es que el rey Fernando de Aragón, como nuestro rey Luis XII, murió algunos meses después de haberse casado con una princesa muy joven.

(6) Mosen Ferrer á Cisneros, 6 marzo 1516. «Porque no muriese dexándose de comer, por no cumplir su voluntad, le hube de mandar dar la cuerda por conservar la vida.»

(7) Carlos al marqués de Denia, 19 de abril, 1518. «Fué bien no darle lugar á salir fuera, y quando os hable, no consintais que ninguna de sus mujeres ni otra persona esté delante.»

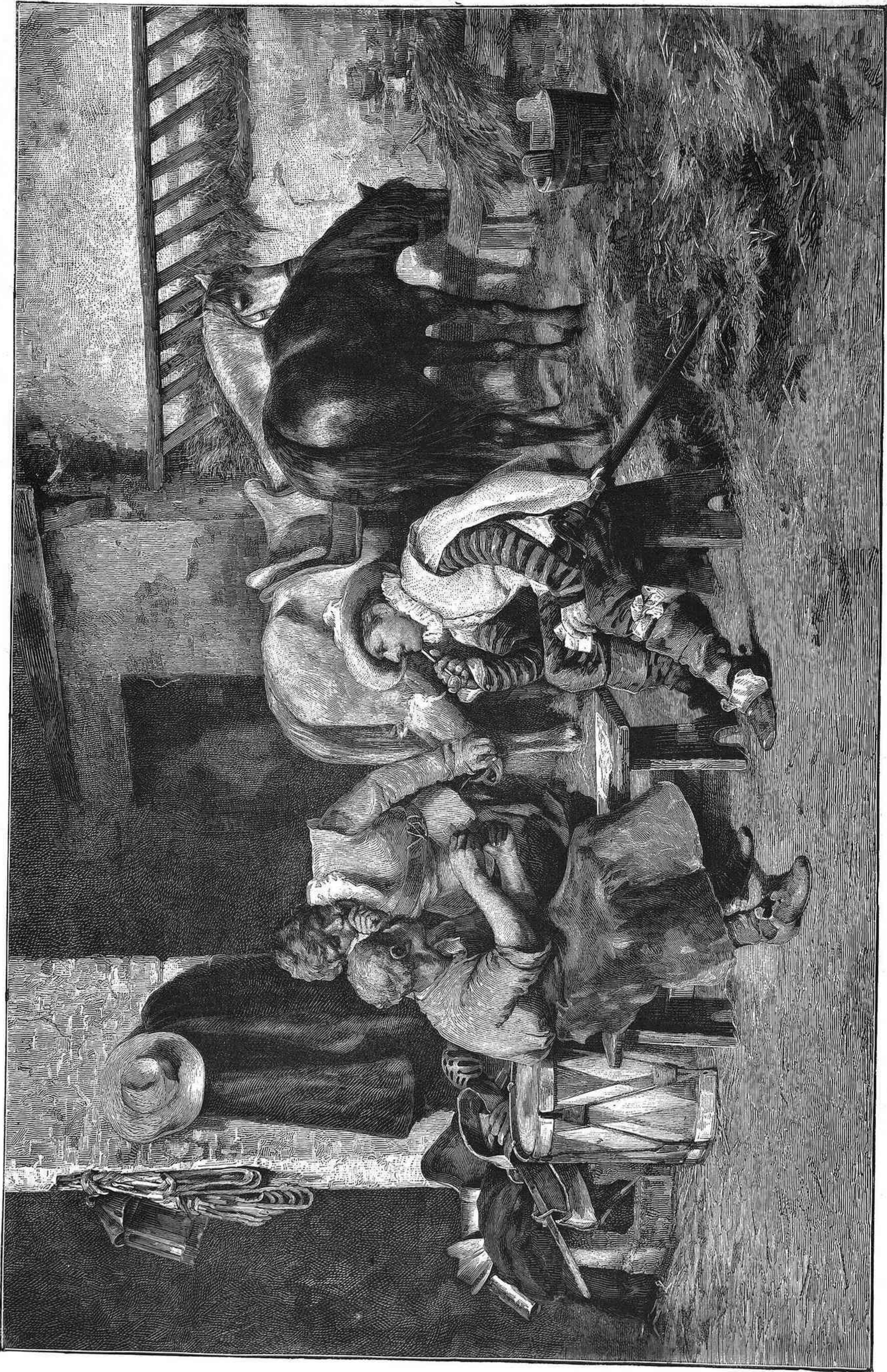


EN LA IGLESIA, cuadro por Skutezky





LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR, CUADRO POR Sofía Lowe



JUGANDO Á LOS NAIPES, cuadro por C. Barison

repuso Denia, no andan siempre con sus padres.—Dixome que no curasse dalle consejo, que no queria sino su niña.» Tuvo, sin embargo, que someterse al sacrificio: habiéndole dicho que la princesa iba á casarse con el rey de Portugal, la abrazó... y quedó sola.

IV

A veces se permitía á la reina salir de la cámara alumbrada con velas para pasearse en el corredor. «Habrán un mes, escribe Denia, que salió á un corredor y comenzó á dar voces, y porque no oyessen á S. A. yo mandé á las mujeres que le suplicasen que se entrasse en su cámara, y si no lo hiziesse, la metiesen; y viendo que lo querían hazer, entrose: ha quedado tan ordenada, que no hace sino lo que le suplicamos y así come cada día. Yo siempre crey que estando S. A. en la indisposicion, no podía aprovechar ninguna cosa tanto como alguna premia (1); aunque es muy grave cosa pensar el vasallo en hazella á su señor.» Es la segunda vez que el marqués de Denia habla al emperador de este medio de domar á su madre. «Tenga V. M. por determinado, le habia dicho ya, que no se puede hazer con voluntad de Su Alteza, y en verdad que hazelle premia V. M. en muchas cosas serviría á Dios y á Su Alteza.» El marqués hubo de emplear la violencia, si lo juzgó conveniente, como quiera que Carlos V no le contestó, ni supo autorizar ni prohibir el uso de la tortura contra su madre. Cuando el sentido moral descende á este grado, suele el sentimiento religioso servir de freno; pero estaba la fe harto pervertida en Carlos V para no mostrarle en sus adversarios enemigos de la Iglesia. El emperador hubo de imaginarse fácilmente que su madre estaba entregada á la impiedad, olvidando que ni fraile era Lutero todavía cuando fué encerrada Juana y que desde entonces no habia tenido comunicacion alguna con el exterior.

Sin embargo, el marqués de Denia refiere en todas sus cartas que la reina se niega á oír misa en su prision. Es difícil de suponer que no haya sido sincero el marqués en sus acusaciones, cuanto más que se declaraba dispuesto á emplear la violencia para vencer esta culpable resistencia. «Vacilo todavía, dice, porque seria más conveniente que viniere ella de su propia voluntad; pero con la ayuda de Dios, Su Alteza vendrá presto.» Puede creerse que la reina buscaba un pretexto para que la condujeran á otra iglesia fuera del castillo, obteniendo por este medio aire y luz durante algunos momentos al día; ó bien que su corazon se sublevaba ante tanta miseria, abandono y desesperacion. Acaso tambien aquel longuísimo encierro, sin aire, sin luz, sin conversacion, comenzaba ya á obrar sobre su cerebro. En todo caso importa notar que su confesor, Fray Juan de Avila, escribia por entonces á Carlos V diciéndole que estaba en sano juicio; que el servicio que prestaba á Su Alteza llevándole los consue- los de la religion los habia bien de menester, pero que el marqués queria apartarlo de ella.

El hijo vió con despecho esta intervencion del confesor y se hizo el sordo á sus quejas, como á las de su hermana, como á las del buen Hurtado de Mendoza, como á las de los Rdos. Cardenales Cisneros y Adriano. El honrado Fray Juan de Avila tuvo el valor de continuar por espacio de algunos meses, escribiendo á su señor, á pesar de su silencio. «A V. M. suplico por servicio de Dios envíe á mandar al marqués y á la marquesa tambien que me traten bien y no me molesten.» No podía creer el buen religioso que un hijo empujara á su madre á la impiedad para acusarla mejor de demencia. Juan de Avila fué despedido: desde el seno de su convento quiso continuar tan valerosa lucha; pero fué muy luego reducido al silencio.

Esta tentativa fué la última muestra de interés que recibió la reina Juana: todos sus hijos la olvidaron, hasta la infanta que habia crecido en su prision. Si su nuera, la piadosa y altiva emperatriz Isabel, fué á hacerle una visita á Tordesillas, no fué por manifestarla cariño, no; fué por arrebatarla las pocas alhajas que la quedaban. «Necesito un descargo, escribe el marqués de Denia: el chambelan Rybera se ha llevado los objetos que le ha indicado la emperatriz, y como yo soy el responsable de ellos, pido un resguardo.»

No se puede negar con absoluta certeza que Juana hubiera tenido cierta propension á la manía ó un desequilibrio en sus facultades; pero no hay sistema nervioso por sano que se le suponga, que pueda resistir un régimen sostenido cerca de cincuenta años, de encerramiento sin aire, sin luz, sin movimiento, de abandono universal, de vejaciones, de crueldad, de desesperacion. La locura vino al fin, con un cortejo de sufrimientos indecibles y de alucinaciones espantables. La reina, vieja ya, veía un gato negro que devoraba á su padre y á su marido; daba alaridos pavorosos y se negaba á todo aseo, sin proferir, empero, jamás una palabra de maldicion contra su ingrato hijo. Cuarenta y nueve años pasó en aquella cámara, en aquel mismo suplicio: fué encerrada á mediados de 1506 y murió en 1555 «dando gracias á Dios, que ponía fin á su vida,» escribe su nieta Juana.

El admirable descubrimiento de esta correspondencia clasificada y escondida por espacio de tres siglos, permite apreciar en esta carencia de todo sentimiento tier- no el valor moral de Carlos V, y las rudas impresiones en medio de las cuales fueron educados todos los miembros de su familia.—FORNERON.

EL MEDIUM

—¡Si supieras, mujer!
—Tú dirás, Antonio.
—Vengo del espiritismo.
—¿Y qué es eso?
—Mira; figúrate tú que te sientas á una mesa.
—Bueno.
—Que pones las manos encima.
—Enterada.
—Pues, bien; al poco tiempo la mesa se mueve.
—¿Y quién la mueve?
—Ella sola.
—¡Quí! ¡
—¡Que sí, mujer!
—¡Que no, marido!
—Te digo que sí, y sí.
—La moverán con los pies.
—¡Porra! se mueve ella sola; yo lo he visto.
—¿Y qué más?
—Espera, que todo se andará. La mesa se mueve, ¿estás?
—Estoy.
—Pues, bien; entonces se dice, ¿hay espíritu presente?
—¡Qué barbaridad!
—No me interrumpas.
—Sigue, hombre, sigue.
—Si la mesa se vuelve á menear, es que hay espíritu presente; y, entonces, tú, pongo por caso, empiezas á hablar con el espíritu.
—¡Jesus, María y José! ¿Y qué voz tienen los espíritus?
—No tienen voz.
—Entonces, condenado, ¿cómo han de hablar?
—Hablan con las patas de la mesa.
—¡No tienes tú mala pata!
—Te digo que sí.
—¡Tonto! ¡todo te lo crees!
—¡No he de creer! Te digo que lo he visto yo; sí, yo he estado hablando con los espíritus.
—Pero, ¿cómo hablan?
—Por el abecedario.
—¿Como los chicos?
—Una cosa semejante. Mira; tú preguntas, es un decir, el nombre de tu madre, y el espíritu contesta dando golpes.
—¡Aprieta!
—El primer golpe es *a*, el segundo *b*, el tercero *c*, y al llegar á la *c* se para un buen rato; es decir que la *c* es la primera letra del nombre de tu madre. En seguida comienza á dar otros golpes; *a* un golpe; *b* otro golpe; *c* otro golpe; otro *d*; y otro *e*; y vuelve á pararse otro gran rato, porque la *e* es la segunda letra del nombre de tu madre; y así luego la *l* hasta que dice una por una todas las letras que tiene el nombre de Celipa.
—¡Quí! eso no es verdad.
—Tan cierto como la luz que nos alumbra.
—¿Crees tú que me chupo el dedo?
—¿Cuánto te apuestas á que sí?
—Lo que quieras.
—No seas testaruda, mujer. Ahora mismo acabo yo de preguntar á los espíritus cuántos cuartos tenia en el bolsillo y me dijeron que tres perros chicos. Míralos; ¡justos y cabales! Despues les pregunté qué edad tenia, y en esto se equivocaron un poco, pues dijeron que tenia 55 años.
—Pues 55 tienes.
—No, que tengo 47.
—Y los que anduviste á gatas.
—Te digo que tengo 47.
—Tienes 55, vejstorio. Ahora sí que voy creyendo que sea verdad eso de los espíritus.
—¿Quieres que hagamos la prueba?
—Vamos á verlo.
—Siéntate aquí, en medio de la sala; aquí la mesa, y aquí, enfrente, yo. Pon las manos abiertas y extendidas sobre el tablero, así, como yo las pongo. ¡Ea! quietecita hasta que la mesa se menee por sí sola. No hables y piensa en alguna persona que se haya muerto y á la cual tú hayas conocido.
—Ya pienso.
—Fíjate bien, y dí su nombre, sin hablar alto ni bajo.
—Ya lo digo.
—Llámalas con el pensamiento.
—Ya la llamo.
—Muchas veces, muchas.
—¡Ay, que se me duerme el brazo!
—No te muevas porque se va á perder la virtud; ten paciencia y espera pensando en la persona que ha muerto y á quien tú has conocido.
—¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... ¡que se mueve la mesa!... que se mueve!
—¡Calla, que voy á hacer la pregunta. ¿Hay espíritu presente?
—Se vuelve á mover... ¡Parece brujería!

—Estate quieta, mujer. Espíritu, ¿cómo te llamas?
A, b, c... *l*. ¿Empieza con *l* el nombre de la persona á quien has llamado?
—Sí, con *l* empieza.
—¿Lo ves? Espíritu, ten la bondad de decir la letra que sigue. *A, b, c...* *u*. ¿Es *u*?
—U es.
—Pues, ahora la otra. *A, b, c...* *i*. ¿Es *i*?
—Sí.
—Entonces ¿será Luis?
—Eso es, eso es; el nombre de mi padre.
—Pregunta ahora tú lo que quieras.
—Que cuánto tiempo hace que se murió.

—Ha dicho que siete años. ¿Lo ves como es verdad?
—Ahora quiero preguntarle una cosa en secreto, sin que tú te enteres.
—Pregunta.
—Ya está.

—Dice que no.
—¡Ay! ¡me ha quitado un peso del alma! Espera, que voy á preguntar otra cosa en secreto. Ya lo he preguntado.

—Ha dicho: Andrés.
—Sí, sí: ya lo habia yo entendido.
—Dí, ese Andrés ¿es el tabernero?
—Y á tí ¿qué se te importa?
—Ahora soy yo quien va á preguntar en secreto.
—Quiero saber antes lo que vas á preguntar.
—No.
—Sí.
—No; ha de ser en secreto.
—No hay secreto que valga.
—Despues que conteste te diré lo que es.
—Con esa condicion, sea.

—Ha dicho que sí.
—¡Demonio, demonio!...
—¿Qué preguntaste?
—Que si te dice chicoleos Andrés el tabernero.
—Mira, Antonio, mira, tengamos la fiesta en paz y no gastes más bromas. Ni á mí me dice chicoleos el tabernero, ni la mesa se mueve, ni aquí hay espíritu, ni mi padre se habia de meter en camisa de once varas.

VICENTE COLORADO

EL CURA DE RIOTINTO

POR DON V. BARRANTES

Si ven Vds. por ahí á Pedro Antonio de Alarcon antes que yo, díganle que ya conozco al P. Muley. Desde que leí *El niño de la bola*, convencido plenamente de la existencia corporal del párroco de Santa María de la Cabeza, porque tipos tan reales no los inventa nadie, aunque tenga la fecunda vena y el espíritu de observacion de mi amigo el novelista académico, ardía yo en deseos de tropezar con el P. Muley por esos mundos, y en cuanto atisbaba un cura de misa y olla, capaz de responder á un nombre árabe y de pegar un pechugon al Niño de la Bola como argumento definitivo en una escena dramática, hecho atalaya de su persona, me ponía á deletrearlo menudamente.

¡Cuántos chascos me he llevado por esos pueblos y aldeas! No ciertamente por encontrar sacerdotes antipáticos, ú opuestos por lo ménos á mi ideal, que yo, en buen hora lo diga, tengo la fortuna de pasar de largo donde barrunto cosas desagradables; pero tipos de bondad y mansedumbre, de jovialidad y franqueza, de sencillo saber y unción religiosa, como el P. Muley, fuerza es buscarlos muy despacio en una clase, hoy sometida por desgracia á duras pruebas, por la pobreza abatida, por la indiferencia general humillada, y objeto de constante observacion malévolas por parte de casi toda la sociedad, que así la obliga á disimular sus virtudes, y tal vez, triste es decirlo, á prescindir de ellas en apariencia ó en realidad para aligerar las cargas que la abrumen.

Hé aquí el ticianesco retrato hecho por mi amigo el novelista, que yo tenia como clavado entre ceja y ceja:

«Don Trinidad Muley era uno de aquellos curas á la antigua española, á quienes aman y respetan todos sus feligreses y cuantos los conocen, sin distincion de partidos políticos ni aun de creencias religiosas: curas que sin ser liberales ni dejar de serlo, ó mejor dicho por no tener opinion alguna sobre las cosas del César, pero sí una altísima idea de las cosas de Dios, no perdieron nunca ese amor y ese respeto... curas indígenas por decirlo así, que aman á su patria como cualquiera hijo de vecino, sin tener nada de cosmopolitas, de europeos, ni aun de ultramontanos... por lo que rara vez legan su nombre á la Historia;

(1) Esta palabra significa violencia, opresion, tiranía, segun el diccionario de Dominguez, y apremio, fuerza, coaccion, segun el de Salvá y el de la Academia española: es la idea de la tortura.

curas en fin de la clase de católicos rancios, sin ribetes de política, ni de filosofía... un verdadero hombre de bien, lleno de caridad ingénita, iluminada por la palabra de Cristo... pobrísimos de humanidad, pero no de ciencia del mundo, ni de conocimiento del corazón humano... genio llano, francote y hasta bromista cuando no había motivo para estar serio.»

Hallándome este verano en las minas de Riotinto, visité la pobre iglesia del pueblo, en ocasión que acababa la misa diaria con poca concurrencia y menos aparato. Aunque no católicos, algunos de mis galantes *cicerones* ingleses habían entrado conmigo. Era el momento en que el sacerdote daba la bendición a los fieles, de espaldas al altar, y no olvidaré nunca la bondadosa curiosidad con que nos miró. Sin distraerse, ni perder un punto su grave continencia, nos había *calado* a todos, como dice el vulgo en su gráfico lenguaje.

No habíamos dado una docena de pasos fuera de la iglesia, cuando se incorporaba con nosotros un desconocido en quien yo no reparé.

—¡El señor cura! ¡ya está aquí el señor cura! —exclamaron a la par y con extremada alegría todos mis acompañantes, así ingleses como españoles.

Aquella unánime acogida me chocó, y no menos el tono de expansiva jovialidad que desde el primer momento empezó a reinar entre nosotros. Mientras el señor cura repartía apretones de manos, sonrisas y palabras afectuosas, cada inglés le dirigía una pregunta, un saludo, ó una frase cariñosa.

Es hombre alto, de buena edad, fornido aunque no de muchas carnes, trigüeño, de facciones pronunciadas, algo cejijunto, boca y labios grandes, no muy cuidadoso de su persona, pero tampoco desaseado, de modales abiertos sin demasia, de hablar sencillo y vulgar que nunca raya en lo rústico, vivo é inquieto como si le retozara en las venas sangre árabe; y sobre todo, con unos ojos y un mirar cuya expresión no se olvidan nunca al que una vez los ha observado.

Vestía un leviton negro de paño que por lo lustroso contará su par de lustros, y chaleco y pantalón negro en análogo estado de conservación. Un gorro de terciopelo, también negro, con deshilada borla resguardaba su cabeza de aquel sol de Riotinto, que aunque de mañana se acercaría a los 30 grados. Nada en él era indigno de un sacerdote, porque hasta su jovialidad y sus perpetuos movimientos parecían imponerse cierto límite difícil de explicar.

Cuando llegamos a la plaza, nos rodeaba una turba de chiquillos que se nos metían entre las piernas y no nos dejaban andar por agarrarse a la levita del señor cura. Todavía quedaban vendedoras en el mercado, y todas tenían algo que decirle, ó él algo que decir a todas. El tono respetuoso de ellas corría parejas con la amable franqueza de él.

Pero cuando mis recuerdos de *El niño de la bola* y del Padre Muley llegaron a ser vivísimos fué al entrar en los vastos almacenes que la compañía minera tiene establecidos en la plaza para sus trabajadores, almacenes cuya organización es uno de los estudios más curiosos que en Riotinto pueden hacerse. Ni M. Le Play ni Meliton Martin dejarían de aprender algo en aquella colmena humana. Invádela a toda hora una multitud de compradores, principalmente mujeres, y la algarabía de los muchachos al ver al señor cura fué cosa de ensordecernos.

Pues ¡y sus madres! Todas tenían algo que consultarle, ya de sus compras, ya de sus asuntos caseros. El pobre D. Antonio estaría mareado, si no estuviera en su elemento.

—¿Qué le parecen a V. estas mantillas para lo que nazca?—decía una mujer con la barriga a la boca, metiéndole materialmente piezas de bayeta por los ojos.

—Elíjame V. tela para un vestido, señor cura, gritaba más allá una zagalona sonrosada como una flor.

—¿Qué le sentará mejor a mi enfermo, jamón ó gallina?—venía a consultarle una compradora de comestibles.

—¿Cuándo me dice V. la misa por mi difunto?—le preguntaba una vieja muy quedito.

Y más bajo aún otra decía:

—Tengo que contarle a V. una cosa que me pasa con mi suegra.

Mientras una matrona, que ponía de pie sobre el mostrador a un jayán de cuatro años:

—¿Vestiré ya a mi niño de pantalones?—gritaba a cuello tendido.

Y aquel santo varón, en vez de aburrirse y mandarle a paseo, a todas contestaba pertinentemente con la sonrisa en los labios, repartiendo a la par a los chiquitines besos y palmaditas en los mofletes. Era cuadro digno de buen pincel, un hombre membrudo y corpulento como el P. Antonio, destacándose al lado del mostrador, sonriente y rebosando santa complacencia en medio de aquella jauría que lo acosaba. Yo no pude menos de preguntarle si estaba aburrido, que era en mí un verdadero tema.

—No señor,—me contestó sencillamente;—como he bautizado a estos muchachos y casado a estas picaonas, los quiero a todos, y me gusta que me quieran a mí.

En nuestra visita a las minas, se repitió la escena corregida y aumentada. Bajábamos en batea, que es un wagon entoldado con banquetas centrales. Nuestras anteriores excursiones habían sido rapidísimas, como quien dice a tiro hecho. La máquina con agudos y atronadores silbidos, iba constantemente pidiendo *via libre*, y sólo nos deteníamos en el punto designado al maquinista previamente. Esta vez fué el señor cura un tirano para nosotros. A cada momento sin pedir permiso al Director ni a inglés alguno de los que nos acompañaban, decía al maquinista—«para aquí»—y aún antes de parar, saltaba de la batea y desaparecía por aquellos barrancos ligero como un corzo.

Yo iba aprovechando estas ausencias para adquirir noticias de mi P. Muley.

—Tendrá algún enfermo por esas barracas,—me decían,—alguna parida, algún herido, algún vacunado....

—¡Vacunado!—exclamé lleno de asombro.—¿Cuida él de eso?

—Cuida porque quiere, pues ya sabe V. que tenemos un servicio médico bien montado; pero gracias a él va perdiendo importancia la viruela, que era el cólera morbo de Riotinto. Desde el mes de noviembre en adelante la epidemia reina casi en absoluto sobre estos campos volcánicos. No hace muchos años todavía la mortalidad alcanzaba hasta el 36 por 100; pero establecida la revacunación y tomada espontáneamente a pechos por el señor cura, hoy no llegan las víctimas a la mitad. ¡Y qué afanes le cuestan y qué sudores! Portugueses y gallegos, que son la mayoría de los mineros, se resisten a la lanceta como si les fueran a dar barreno en el brazo, parte por temor natural al sufrimiento físico, parte por el de inutilizarse para el trabajo más de los dos ó tres días que los ingleses abonan de parada al que se revacuna. Allí es de ver a nuestro D. Antonio enredado con ellos en discusión,—«¡bruto!» por acá —«¡animal!» por allá, y algunas veces a sopapos, que todo eso y mucho más se necesita para convencerlos.

—¡Qué! ¿les pega?—exclamé con asombro.

—Cuando menos se lo catan. ¡Si tiene unos puños!... Pero como ven que lo hace con buen fin, como ellos dicen, y que esos mismos puños le sirven para cogerlos en brazos cuando les da una calentura ó les sale un barreno malo, y andar cargado tres ó cuatro kilómetros por estos andurriales, é ir él mismo por las medicinas que receta el médico, y velarlos por la noche, y consolar y distraer a sus mujeres y aún darles un duro si les hace falta, con otras muchas cosas por el estilo, tengo para mí que no hay minero que le duela cuando les sacude el polvo y que de buena gana guardarían como reliquias los cardenales que les suele hacer. D. Antonio Muñoz Arteaga es un hombre sin par, que sólo observado de cerca puede ser comprendido. Bajo esa corteza ruda, todo lo que hay son flores. Desde Riotinto a Huelva y desde Huelva a Sevilla su popularidad es legendaria, como dicen Vds. los escritores, porque está el terreno sembrado de hechos suyos que él olvida; pero el pueblo, no. ¿Cuesta trabajo en alguna parte encontrar enterrador para los que perecen de viruela? Como él ande por allí no se quedarán sin enterrar, que los mete en el hoyo al mismo tiempo que les reza el *De profundis*. En una ocasión teníamos estos hospitales atestados, y la enfermedad reinaba en todo el distrito de la Real Zálamea, de suerte que ningún pueblo podía favorecerlos. ¿Qué hace mi D. Antonio? Mete en un carro a los que ya no cabían aquí; el carrero se le escapa; dirige él mismo las mulas, que lo sabe hacer como andaluz castizo; va a Huelva; no le reciben por temor al contagio; tampoco se apura; va a Sevilla; lucha tres ó cuatro días con las autoridades, consigue al fin camas en el hospital para sus enfermos, y se vuelve al punto en su carro a ver si hay en Riotinto otros nuevos que llevar. Hasta ahora que yo se lo cuento a V., nadie le ha celebrado aquella hazaña de Hércules; pero nadie por aquí la olvida.

(Continuará.)

CRONICA CIENTIFICA

LA EXTENSION Y LA IMPENETRABILIDAD

¿Entre los personajes y las cosas que nos atormentan ó nos encantan en los ensueños, y los personajes y las cosas que percibimos en el estado de vigilia, no hay positivamente más diferencia sino la de que los sucesos imaginados en los ensueños ocurren sin sujeción a orden ninguno, y los sucesos que pasan ante nosotros durante la vigilia se presentan constantemente en un cierto orden invariable, siempre el mismo para la misma clase de fenómenos?

¿Lo real (como quieren cuantos niegan la realidad de

la materia) es efectivamente producto de lo ideal, pura objetivización del yo? ¿No hay nada fundamental que oponer a las aseveraciones del idealismo? ¿Es efectivamente un sueño nuestra vida?

«Indudablemente las cosas, si existen, no son lo que nos parecen», confiesan cabizbajos hasta los que imaginan teorías sobre la constitución real de la materia. Al cuerpo que me causa mal nada le duele: el que me produce placer no siente regocijo. El olor, el sabor, el sonido, el color, son, fuera de mí, MOVIMIENTOS; y no hay medio de negar lo que predicen las ciencias físicas, que han escrito tratados portentosos, tanto sobre las vibraciones sonoras del aire, como sobre las vibraciones luminosas del éter.

Del estado del organismo humano depende, sin duda alguna, en gran manera, el resultado sensible de las impresiones de los cuerpos; de modo que estas aparecen diferentes en el mismo hombre, según las condiciones normales ó anormales de su idiosincrasia; y muchas, conocidamente, difieren de hombre a hombre.

A mí, agitado, me parece fría una atmósfera que, después de descansar, se me antoja sofocante.

Al tísico le incomodan sonidos que, en salud, toleraba, y que los demás escuchan indiferentemente. Con jaqueca, oyen bien sujetos tardos de oído. Resfriados, perdemos temporalmente el olfato. Muchas personas no distinguen de colores; quizá el cinco por ciento de los hombres, y el dos por ciento de las mujeres. Esta incapacidad de percepción cromática, llamada Daltonismo, porque la padecía el famoso Dalton, ha sido causa de horribles colisiones de buques, y de terribles naufragios en noches serenas, por no poder diferenciar los oficiales de guardia las luces roja y verde de los buques que, conforme al código marítimo internacional, indican el rumbo. Los daltonianos deben ver las cosas como nosotros las imágenes fotográficas, puesto que ellos, por lo común, solo diferencian lo claro de lo oscuro. Algunos, en verdad, diferencian algún que otro color, pero confunden lastimosamente todos los demás; y es cosa de pasmo, y a veces de risa y compasión, verlos clasificar en el mismo grupo colores tan distintos, por ejemplo, como el rojo y el azul, cuando se les dan sedas ó telas de los colores más rabiosos y distintos, encargándoles que pongan juntos los que les parezcan iguales. Personas hay que no pueden comer fresas sin experimentar fiebre urticosa. A otras, estremece el contacto de la cáscara de un melocotón, aún comiendo gustosísimos la fruta, si otro se la morda. Ha habido quien no podía oír cantar a un gallo sin horripilarse. Las telas rayadas de dos colores causan náuseas en algunos. El olor y el sabor de los ajos es para muchos enteramente insoportable. Los persas llaman «manjar de los dioses» a la asafétida. Las cloróticas comen con pasión pedazos de búcaro, creta, cal, carbon y hasta ceniza. Así como no hay dos relojes iguales, cada organismo tiene su CARACTERÍSTICA especial, que lo diferencia de todos los demás sus similares. Y esto es general, y no cualidad propia solamente del ser humano. El rojo irrita al toro bravo, al búfalo, al elefante...

Muchos animales anuncian, por un marcadísimo desasosiego, la aproximación de las tormentas. Personas hay que sienten agitación indefinible en una atmósfera electrizada: otras excitación insólita, análoga a un exceso agradable de la actividad...

¿Es todo, pues, pura apariencia? ¿Todo afectivo? ¿Todo puramente sensible?

¿No hay nada en el mundo material idéntico siempre para el mismo hombre, é independiente por completo del estado idiosincrático de su sensibilidad? ¿No existe nada en el mundo exterior siempre y constantemente igual de hombre a hombre?

Sí. Existe. LA EXTENSION; claman los que no quieren ver triunfante al idealismo,

Y, efectivamente, si un arquitecto traza los planos de un edificio, siempre para el mismo arquitecto tienen los planos idéntica representación; y, no sólo para él son en todo tiempo símbolo permanente de construcción determinada, sino que para todos los arquitectos del mundo simbolizan las propias relaciones; tanto que, con ellos, todos y cada uno levantarían idéntico edificio. El ingeniero construye los modelos de sus máquinas, y el artífice las realiza puntualmente a la escala que se le pide. El geómetra demuestra propiedades de los cuerpos, y la verdad de las demostraciones jamás cambia en su entendimiento, ni tampoco en el entendimiento de los que las estudian y comprenden.

LA EXTENSION salva, pues, el abismo. Hay algo fundamental que no depende nunca de nuestra sensibilidad ni de sus idiosincrasias, y que siempre se nos manifiesta con caracteres constantes: idénticos en el mismo hombre, é iguales de hombre a hombre.

Y los que proclaman esta clase de hechos dicen seguidamente:

«Luego existe el mundo exterior.»

¡Atrevido es el salto!

Por de pronto, en geometría consideramos el espacio sin cuidarnos de si el espacio está ó no vacío de materia. Solo en mecánica nos vemos precisados a admitir la materia como *substratum* de las fuerzas. Las ciencias matemáticas se fundan, pues, en las IDEAS de espacio y de tiempo. Las formas geométricas son la CONCEPCION de la manera cómo una parte del espacio está separada del resto. Pero, nótese bien: las IDEAS y las CONCEPCIONES son fenómenos de la razón humana; y no suponen la REALIDAD OBJETIVA. Podemos imaginar la aniquilación del

universo: todas las religiones la han imaginado; pero de ninguna manera nos es posible concebir la del espacio y la del tiempo, conceptos esenciales del pensamiento; ley de la razón humana, necesaria como toda ley, y sobre la cual es inútil discutir. Y, así, aún supuesta la aniquilación del universo entero, siempre concebiremos necesariamente un espacio infinito, vacío durante tiempo infinito. Pero de la necesidad de una idea no nos es lícito deducir su realidad objetiva. Si hay dos montes de oro en alguna parte, y cinco en otra parte, NECESARIAMENTE, su conjunto sumará siete. Pero de la NECESIDAD DIALÉCTICA de la suma, no se deduce la necesidad real de tales montes áureos. La NECESIDAD LÓGICA de las verdades geométricas no es, por tanto, prueba concluyente e indiscutible de la objetividad de la EXTENSION.

Por otra parte, la extensión es una IDEA en nuestro entendimiento, descomponible en otras dos:

multiplicidad
contigüidad

En primer lugar, pudiera no haber materia, y existir, sin embargo, la idea de multiplicidad de afecciones en nuestro entendimiento. Los berkeleyanos admitían la multiplicidad, y negaban, sin embargo, la realidad objetiva. La idea de multiplicidad, pues, sólo exige la de percepción de cambios.

En segundo lugar, admítase la idea de multiplicidad: admítase también la de contigüidad: pudiera entonces suceder que lo que nos parece contigüidad fuese, fuera de nosotros, el ORDEN INVARIABLE con que muchas fuerzas externas modifican a la vez, SIMULTANEAMENTE, nuestra inteligencia; y que LO FATAL Y NECESARIO de esa ordenación de resultantes fuese en nosotros, correlativamente, PERCEPCION de la contigüidad. Fuera de nuestro ser, ORDEN FATAL en fuerzas con poder para modificarnos: dentro de nuestro ser, PERCEPCION CORRELATIVA, con los atributos de PLURALIDAD y CONTIGUIDAD, caracteres de los cuerpos extensos.

En tercer lugar, la idea de extensión no es la de cuerpo extenso. Y esta es la gran objeción. Las verdades de la química moderna inducen a creer que hay últimas partículas, indescomponibles por medios químicos, y mucho menos por acciones mecánicas. Estas partes diminutísimas están unas junto a otras y nos modifican simultáneamente. Pero la idea de EXTENSION no necesita de la de CUERPO; y, en tal caso, la idea de extensión queda reducida a la de CONTINUIDAD: a la de algo extenso y sin límites, en que ciertamente podemos concebir formas, es decir, extensiones trazadas científicamente *ad libitum*; pero no separaciones del resto de la continuidad infinita. Sin duda se nos resiste concebir la infinita divisibilidad de la materia; pero se nos impone, como necesaria, la inacabable e infinita divisibilidad de la continuidad. Así, pues, siempre que concebimos EXTENSION MATERIAL, concebimos pluralidad; pero la pluralidad no es carácter suficiente, porque no siempre que hay pluralidad imaginamos necesariamente extensión. A la par de la pluralidad de partes, tenemos que concebirlas CONTIGUAS unas a otras, forman-



EL SUEÑO DE LA NATURALEZA, cuadro por Langeval

do un todo material. Pero lo que en ese todo nos parece contigüidad, pudiera ser ordenada simultaneidad de efectos múltiples. De una parte, lo que EN REALIDAD esté compuesto de muchas moléculas con existencia individual y propia, no puede constituir un todo sin discontinuidad; pero, de otra parte, la transmisión de la fuerza a distancia es un concepto ininteligible sin la CONTINUIDAD REAL Y OBJETIVA; porque, si no existe un INTER-MEDIO CONTINUO entre el punto que se mueve y el punto que es movido, hay que devorar el absurdo de que en la NADA puede haber ALGO: MOVIMIENTO, TRASLACION, TRANSMISIONES. Es preciso admitir ese ALGO REALMENTE CONTINUO, substratum de las afecciones y movimientos materiales; y ese algo continuo (sin discontinuidad en parte alguna, porque cesaría de ser continuo) NECESARIA Y FATALMENTE CONTINUO, podría ser lo que en la realidad correspondiera esencialmente a nuestras percepciones de la extensión. ¿Porqué no había de ser ese enigma que llamamos contigüidad (y que nadie ha logrado explicar todavía) la modificación que nos causen multiplicidades de fuerzas que en la continuidad obren sobre nosotros, simultánea y fatalmente, ligadas entre sí de un modo necesario, y no con independencia unas de otras, ni en tiempos sucesivos? Un sabor, un olor, un sonido... no producen siempre el

mismo efecto en el mismo hombre; y de cierto lo producen diferente en cada individuo de la especie humana; pero la idea de extensión no varía jamás en el mismo hombre, ni tampoco de un hombre a otro, porque la idea de extensión es una PERCEPCION, no de un fenómeno fisiológico de nuestro organismo, siempre variable, sino la percepción de un orden invariable en las fuerzas del exterior, fatales y necesarias en su manera de obrar, y, por necesidad, no discontinuas.

Pero si la extensión, pues, pudiera ser la percepción del modo de obrar de sistemas especiales de fuerzas; ¿no quedaría triunfante el idealismo?

Ciertamente.

Y hé aquí porqué recurren los físicos a la idea de IMPENETRABILIDAD. Lo que me resiste no soy yo. Yo ejecuto actos conforme a mi naturaleza; pero a cada instante me encuentro detenido; y es contradictorio que yo me resistía a mí propio.

La prueba, pues, de que existe la materia, dicen naturalistas de nota, es que la voluntad encuentra resistencias.

Pero también hay aquí otro salto.

Las resistencias no prueban la existencia de un mundo material, sino la existencia de fuerzas solamente, antagónicas a mi voluntad.

Además, si la impenetrabilidad se define como la resistencia que ofrece la materia a que un cuerpo ocupe el lugar ocupado por otro, desde luego nos presenta la física casos en que la mezcla de dos cuerpos ocupa menor volumen que la suma de los espacios ocupados por ellos individualmente. Así, y por ejemplo, dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno forman dos volúmenes de vapor de agua: un volumen de ázoe y tres de hidrógeno suman sólo dos de gas amoníaco. Los cuerpos, pues, son porosos, esto es, dejan entre sus partículas grandes intersticios donde cabe que se alojen otros cuerpos; al modo

que (y pase lo vulgar del ejemplo) en una caja llena enteramente de huevos, cabe enorme cantidad de serrín en los espacios de uno a otro. Además, es de alta probabilidad que el contacto de dos cuerpos sea sólo aparente. Fuerzas repulsivas (de que verdaderamente nada sabemos) se excitan entre las partículas de los cuerpos, antes de que ocurra el contacto, que sin ellas se verificaría; de manera que la idea de impenetrabilidad está hasta cierto punto desmentida por la de porosidad; y la de porosidad depende de la de fuerzas que impiden el contacto. Pero esto no contraría lo esencial de la idea: sólo hace que no se tome en absoluto.

La idea, pues, del mundo exterior se funda principalmente en la IMPENETRABILIDAD, ó sea en la de fuerzas resistentes al yo; y en la necesidad de admitir como real y objetiva la continuidad, por ser inconcebible la transmisión de fuerza a distancia sin un inter-medio continuo y real, substratum de las fuerzas que se nos revelan en los fenómenos de la impenetrabilidad.

¿Qué es ese substratum? No se sabe.

Pero creemos que existe, y en eso se apoya nuestra fe en la existencia del mundo exterior.

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON